

## COMER DIOSES

El pasado miércoles vi un famoso. Parecía un mortal, pero emanaba iridiscencias que sacralizaban su figura italiana mientras caminaba por la calle. En los textos sagrados se afirma que posee un falo descomunal.

Había más gente en las aceras. Nos miramos unos a otros, como lobos hambrientos acechando un muflón. Fue un jubilado quien arrancó primero: se lanzó en plancha sobre las piernas del dios italiano, atronando la calle con las monedas que llevaba en sus bolsillos; y lo derribó. Una vez en el suelo lo redujimos y amordazamos entre varios.

Arrastramos la presa hasta el lugar donde la devoraríamos mientras la tarde pintaba de rojo la estela de caracol que dejaban nuestros jugos gástricos sobre el cemento. Era una sala con una televisión en el centro. En ese aparato metimos a nuestro dios y nos ubicamos de forma que nuestras retinas pudieran atiborrarse con su imagen. Estaba majestuosamente sentado, exultante, en una butaca pintada de rosa eléctrico. Y había más butacas estridentes, con más dioses, todos apresados y muy felices de ser devorados, pero siempre aterrorizados ante la posibilidad de despeñarse por el precipicio del anonimato. Y enfrente de ellos se sentaban los periodistas-cocineros, que fueron despellejando y deshuesando minuciosamente aquellas sublimes criaturas.

Alguien que estaba junto a mí afirmó que aquella misma mañana se había comido también el cuerpo de Cristo. El jubilado repuso, en inglés, que se es lo que se come. Y no quedamos ahítos de carne celestial hasta que un famoso periodista-cocinero dijo, con las piernas muy juntas colgando en su butaca, que con el calor de la playa a él también le solía aumentar el tamaño de su pene. Yo lo vi.